

fin, seguian el estandarte de la rebelion, y el nombre de Lutero era proclamado por todas partes como el de un libertador, el de un padre. Desde el establecimiento del cristianismo no se habia visto tanto séquito en pos de un hombre, ni tanta agitacion, ni rebelion tan universal y violenta. Por mas poderoso que haya sido para el mal el genio de Lutero, fuera un error atribuirle á él solo la triste gloria de aquel incendio general. Las causas de su éxito fueron muchas y diversas, sacadas de los diversos elementos de la sociedad germánica de entonces. La potencia imperial, tan interesada como la eclesiástica en ahogar en su origen la voz de un fraile rebelde, escaseaba de medios enérgicos. Los emperadores alemanes no poseian entonces un poder tan completo y extenso como en nuestros dias. Los príncipes reconocian, es verdad, la jurisdiccion imperial; pero tenian derecho de eludir sus sentencias y de apelar al tribunal de sus pares. Los nobles formaban una clase numerosa que vivia de despojos; los obispos, obligados á sostener con las armas los derechos de su silla, olvidaban frecuentemente la santidad de su ministerio y los deberes de su divina mision; los pueblos, poco instruidos en las verdades de la religion, escandalizados por los que hubieran debido ser sus modelos y guias, estaban acostumbrados á no respetar la voz ni la autoridad de la Iglesia. Los grandes bienes del clero eran para los príncipes y nobleza de Alemania un objeto de codicia; y cualquiera que les llevaba esperanza de reunirlos á sus dominios estaba seguro de ser escuchado. El grito de *reforma*, lanzado en el concilio Lateranense, fué el pretexto con que se escudaron los príncipes alemanes en sus codiciosos intentos. Este nombre sirvió de bandera; no se quiso profundizar su sentido, ni fijar su significacion. Bastaba que fuese popular y que valiese para juntar soldados para el ejército que se preparaba con ánimo de invadir las riquezas de la Iglesia (1). El mismo fenómeno se reproducirá mas tarde, cuando

(1) Entre estas muchas concausas que pudieron contribuir á la espantosa propagacion de la herejía protestante, las mas no lo fueron sino muy secundariamente.

en nombre de la libertad, ensangrentará á toda Europa la revolucion. Y ni aun se definió entonces la voz *libertad*, y sin duda alguna no se tomaron el trabajo de comprenderla los forajidos que la proclamaban. La *reforma*, cuya necesidad habian reconocido en todos tiempos los concilios, nada se parecia á lo que soñaban las delirantes imaginaciones de Alemania. Sanamente entendida, la *reforma* tendia al restablecimiento de las costumbres en su pureza primitiva, y á cortar de raíz los abusos introducidos en todos los ramos; pero jamás se trató de tocar al dogma ni á la fe. Y aun la *reforma* administrativa presentaba una cuestion complexa: si el Estado reprochaba á la Iglesia sus abusos, la Iglesia tenia aun mas abusos que echar en cara al Estado. El pontificado, por mantener una especie de equilibrio entre proposiciones contradictorias, se oponia á innovaciones prematuras [é inoportunas], y los espíritus fogosos tomaban ocasion para acusarle de impedir el bien general. Los ánimos inquietos é impacientes que quieren precipitar los acontecimientos y que se creen superiores porque no son sino temerarios, no le tomaban en cuenta obstáculos reales, y trataban de pusilanimidad su moderacion; pero los hombres serios y graves que comprenden que en el gobierno del mundo se ha de reflejar algo de la paciencia del gobierno divino, agradecian á la Santa Sede su miramiento y circuns-

El autor pasa por alto las mas reales y efectivas que ponen los autores contemporáneos y que tan enérgicamente señalaron los Padres del concilio Tridentino. Y en efecto ni las riquezas del clero, ni el que los obispos ejerciesen cierta autoridad soberana en algunos puntos, hicieron que ni en la Alemania oriental, ni en la Italia, ni en la Francia meridional ni en toda España y Portugal, tuviese séquito esta herejía. Aun mas, en los tiempos anteriores á Lutero era mucho mayor la riqueza temporal de la Iglesia, la influencia civil y política de los obispos y todo el clero, y en fin las costumbres generales no eran mejores. Querer pues asignar á cada fenómeno historial de la Iglesia causas motrices de él, es muy aventurado y expuesto á error; y esta falta comete muy á menudo la escuela historial francesa y alemana. Los justos juicios de Dios nos son impenetrables. *Oportet et haereses esse*, nos dice el Apóstol. Los cortos límites de una nota no nos permiten desarrollar nuestro pensamiento, y nos limitamos á decir que la Iglesia ha sido, es y será hasta el fin del mundo atribulada con toda suerte de pruebas: herejías, persecuciones de tiranos, persecuciones de filósofos, corrupcion de costumbres, revoluciones, pasiones, traicion y perjurio. La esposa de Cristo no ha de ser de mejor condicion que su divino Esposo. *Omnia propter electos.* (El Traductor.)

peccion, y confiaban tanto mas en su accion quanto que era mas suave, mas reservada, mas misericordiosa en su perseverancia. Un hombre se halló, con todo, que sin otra superioridad que la del mal se apoderó de las pasiones de todos, de la codicia de los grandes, de los groseros instintos de las masas, lisonjeándolos y justificándolos bajo el nombre de reforma; que habló de restablecer la pureza de costumbres, autorizando el libertinaje con sus ejemplos y escritos; que, bajo el especioso pretexto de reforma, abolió toda subordinacion á la autoridad eclesiástica, todas las ideas de abstinencia, austereza, privacion y continencia; que enriqueció á los príncipes con los despojos del clero; que absolvió á las conciencias de toda obligacion moral, para someterla al libre exámen, esto es, al desórden. Este hombre, que reunió en su mano quanto poder tenia el infierno en el mundo, y que no tuvo de grande sino la general perversidad de que se hizo foco, representante, espejo y centro, fué Martin Lutero. La reforma á la que dió su nombre fué una revolucion religiosa y política. A su advenimiento halló juntos todos los elementos del doble movimiento que habia de agitar al mundo: no los creó ni inventó, sino que se sirvió de ellos. El gérmen del protestantismo existia antes que no lo hubiese empollado él con su malignidad: habia reformadores aun antes de la reforma. Lutero fué un nombre, un general, una bandera: tenia una palabra incisiva á la vez que insinuante; lírica y grosera; armoniosa é insultante; oratoria y rústica; cariñosa como una melodía, ponzoñosa como lengua de víbora: tuvo pues discípulos, soldados, eco, ejércitos, todos, todos prontos á aclamarlo, seguirlo, aplaudirlo, defenderlo.

27. Martin Lutero, nacido en 1483 de un lugareño de Eisleben, pasó una juventud aventurera. Apremiado muy pronto por la adversidad, se encontró en el camino con una piadosa y modesta mujer de Eisenach, llamada Úrsula Cotta, que adoptó al mendigo, le acogió en su morada, le sirvió de madre, y le dió entrada á escuelas donde no hubiera podido concurrir antes. Hijo de la Providencia, se olvidó muy pronto de los beneficios, no pensando sino en las dificultades de su futura vereda: su

corazon, cerrado al agradecimiento, no fué accesible sino á una rabiosa cólera contra la humanidad. En Eisenach, Lutero estudió gramática, retórica y poesía bajo la enseñanza y direccion de un hábil catedrático, Trebonio, rector del convento de Carmelitas descalzos. Su vivo entendimiento, elocuencia natural, rara facilidad de expresion, y habilidad en componer en prosa y en verso, le hicieron notar como el mas sobresaliente y sin rival entre sus condiscípulos. Pasados algunos años, Eisenach era teatro sobrado estrecho para una imaginacion tan ardiente y ansiosa de ciencia. Fué pues á Erfurth, y con todo el fervor de una verdadera pasion, se abandonó al estudio tan difícil de la dialéctica, que dejó luego para cultivar con ahinco los sublimes ingenios de la antigüedad: Ciceron, Virgilio y Tito Livio. Leia sus libros no ya como estudiante que solo trata de adivinar palabras, sino como entendimiento indagatorio, que trataba de sacar de ellos lecciones, consejos y máximas de conducta. En el espacio de dos años habia recibido sus grados de filosofia, cuando vino á dar nueva direccion á sus ideas un acontecimiento fortuito. Uno de sus mas íntimos amigos, compañero de sus trabajos, y de gozos juveniles, murió á su lado herido por un rayo. Atemorizado por esta amonestacion del cielo, el estudiante se fué la noche siguiente á llamar á la puerta del convento de Agustinos; pidió el hábito de religioso, y en el siguiente dia devolvió á la Universidad las insignias de maestro de artes que habia recibido en ella. Una vocacion tan repentina fué acompañada de signos exteriores de la mas rígida austereza y de la mas severa penitencia. La vision de su amigo, caido repentinamente en manos de Dios vivo, le perseguia dia y noche. Lutero ayunaba y se mortificaba como un anacoreta de la Tebáida. Staupitz, general de los Agustinos, se vió obligado á moderar estas exageraciones del fervor de un novicio. Mas traslució allá por entre los pliegues de aquel fogoso corazon un orgullo excesivo y una terquedad invencible, que sometió á las mas duras pruebas. Pero en fin, despues de un noviciado duro y penoso, Lutero fué admitido en 1507 á pronunciar sus votos, y en el mismo año recibió el órden

del presbiterado. « Hoy, escribia á un amigo suyo, hoy cantaré » mi primera misa : venid á oírmela. ¡ Indigno pecador de mí ! » Dios se ha dignado escogermene en los tesoros de su misericordia : yo trataré de hacerme digno de su bondad ; y , en » cuanto sea posible á un polvo y tierra como yo , cumpliré » con sus designios para conmigo. Orad al Señor para que mi » holocausto le sea agradable. » El jóven sacerdote continuó entregándose de mas en mas al mas exaltado misticismo. Tomaba entonces por avisos del cielo las alucinaciones de una imaginacion delirante. Sus superiores para hacerle mudar de ideas le aconsejaron hiciese un viaje á Roma , esperando que la fe revelaria mejor sus dulces armonías en el corazon de Lutero en medio de la Ciudad eterna ; pero el austero religioso no comprendió ni los esplendores de Italia , ni el brillo y majestuoso aparato del pontificado supremo , y así se salió de Roma anatematizándolo todo. Aun no era rebelde ni aun cismático , mas iba á serlo. Su fe comenzó á flaquear y se agitaba y combatía en lo interior el futuro reformador. « Mi vida , escribia » en esta época de la suya , da cada dia un paso mas hácia el » infierno , porque cada dia me vuelvo mas pecador , mas » malo. » Sin embargo su talento se iba desarrollando en medio de estos combates interiores que tanto atormentaban á su espíritu. Federico , elector de Sajonia , príncipe amigo de las letras y artes , hábil músico , humanista esclarecido que sabia de memoria los poetas clásicos de la antigüedad , habia oido muchas veces predicar á Lutero , cuyo lenguaje admiró ; y quiso agregarlo á la Universidad de Wittemberg , que habia fundado. El fraile sajón fué pues nombrado catedrático de filosofía , y poco tiempo despues predicador de la ciudad. La juventud de Wittemberg acudia en tropel á oír las lecciones de Lutero ; y todos admiraban su palabra clara , incisiva y llena de ironías. Pero los hombres cuerdos y sabios se espantaban de su tendencia á denigrar los doctores que le habian precedido , y cuya honrosa fama y alta reputacion vivia aun en las escuelas : « Ecos de lo » pasado , decia , que no transmiten sino ecos humanos , como » todos los filósofos necios que andan buscando la explicacion

» de los fenómenos morales en el mismo hombre , en lugar de » ir subiendo á su fuente , esto es , á Dios y á su Verbo. » Sus ventajas como predicador ofrecian los mismos caracteres de atractivo oratorio y de fuego desordenado. Su voz era hermosa y sonora ; sus acciones y movimientos nobles y sueltos. Desde un principio habia anunciado que no imitaria á sus antepasados , y lo cumplió así. Abandonando las rutinas tan corridas de la escolástica , afectó sacar exclusivamente de los sagrados libros sus imágenes y textos. Su auditorio , embelesado de sus innovaciones , le animaba con sus aplausos á proseguir en el peligroso sendero que habia tomado. Un religioso al salir de un sermón del monje agustiniano , dijo : « Lutero tiene una » mirada muy profunda , brillante y admirable imaginacion : » mucha guerra va á dar á los doctores , y levantará grandes » borrascas. » Se notaba ya desde entonces el germen de sus doctrinas , cuyo completo desarrollo será la fórmula del protestantismo. Ya sostenia que la fe sola consigue y obtiene lo que manda la ley. Sin declararse aun contra el ayuno , las oraciones y las romerías [muy usadas entonces] , exaltaba tanto la fe que menospreciaba y aun envilecia las obras. Afirmaba que el culto de Dios habia sido desfigurado por prácticas supersticiosas que solo sirven de matar al alma ; si aun concede alguna eficacia á las indulgencias de la Iglesia , les niega empero el título de remedio espiritual. *La salvacion por la fe* , hé aquí la gran fórmula que repite sin cesar en todos sus sermones y discursos.

28. Tal era el catedrático de Wittemberg , cuando Leon X , á imitacion de sus antecesores , publicó indulgencias para todos los fieles que contribuyeran con sus limosnas á la conclusion de la basílica de San Pedro , comenzada por Julio II , y á los gastos de la expedicion contra los Turcos que esperaba realizar el papa. El arzobispo de Maguncia , encargado de la promulgacion del breve pontificio en la Alemania , dió su comision para la Sajonia á Juan Tetzel , dominico é inquisidor. Los religiosos agustinianos , que se creian con este derecho , quedaron muy picados de esta preferencia. Lutero abrazó franca

y calurosamente su causa; y así va á engendrar borrascas espantosas un despique, una envidia entre religiosos. Antes de proseguir el relato de estos hechos, conviene sentar la doctrina católica acerca de las indulgencias, que será el asunto de una ardiente controversia. « La teología distingue en el pecado, » dicen los Padres Tridentinos, la *culpa* y la *pena*. La *culpa* es » la ofensa hecha á Dios, la *pena* es el castigo que merece la » ofensa, pena eterna ó pena temporal. La Iglesia, que con » las llaves ha recibido el poder de atar y de desatar, ejerce » este poder respecto del pecado cometido despues del bautismo, por el sacramento de la penitencia y por la aplicacion » de la indulgencia: en el sacramento de la penitencia, la Iglesia perdona el pecado en cuanto á la culpa y pena eterna, » mas no en cuanto á toda la pena temporal. Por la indulgencia desata, ó libra en todo ó en parte de la pena temporal que » queda por expiar por nuestros pecados en este mundo, por » medio de obras satisfactorias, y en el otro por la expiacion » del purgatorio. La indulgencia perdona pues la *pena*, mas » no la *culpa*. El tesoro de las indulgencias, cuya dispensacion » pertenece á los papas y á los obispos, se compone de las satisfacciones superabundantes de Cristo; una sola gota de la » sangre de un Dios-Hombre hubiese bastado mil veces para » rescatar millares de mundos. A estos tesoros inagotables de » mérito, se agregan, acogidas por Dios como meritorias por » causa de su union con las satisfacciones del Salvador y como » aplicadas en virtud del dogma de la comunión de los santos, » las superabundantes satisfacciones de María, madre de dolores, quien nunca cometió pecado que expiar, y la de gran » número de santos que han padecido por la justicia y practicado largas penitencias para rescatar ligeras imperfecciones. » El dogma de las indulgencias está íntimamente ligado con el del purgatorio. Despues de esta vida, la fe nos enseña que hay un lugar de purificacion donde el alma acaba de lavarse de sus manchas, hasta que cumplidos los tiempos prescritos por la justicia y la misericordia divina, vaya á sentarse entre los bienaventurados; *porque nada impuro, dice la Escritura, puede*

*entrar en el reino de los cielos.* La fe nos enseña tambien que estas horas de prueba, y estas penas cuya duracion ignoramos, pueden ser abreviadas y dulcificadas con obras satisfactorias. No porque estas obras tengan por sí mismas poder alguno; sino que, en cuanto ofrecidas por nuestro divino Mediador á su eterno Padre, desarman é inclinan á nuestro favor á un Dios de misericordia y caridad. Ahora bien, la indulgencia como la oracion, como la limosna, llevan, por aplicacion de los méritos de Jesucristo, algun alivio á los padecimientos temporales de las almas de nuestros hermanos. La Iglesia tiene el poder de abreviar estas penas satisfactorias en virtud de las palabras del Salvador: *Todo cuanto atáreis en la tierra, atado quedará en el cielo; todo cuanto desatáreis en la tierra, desatado quedará en el cielo.*

29. El dominicano Tetzels estaba en su derecho y cumplia con su deber predicando las indulgencias otorgadas á toda la cristiandad por Leon X. A pesar del libertinaje y desorden de las costumbres públicas, no se habia disminuido aun el espíritu de fe y de piedad en el seno de los pueblos; así es que la predicacion del padre dominico tenia el mas feliz y brillante éxito en la Alemania. Hacia el fin de 1517 fué á Interbock, villa del principado de Magdeburgo, á ocho millas de Wittemberg. Los habitantes de esta ciudad, deseosos de oír al dominico, dejaban sus casas y corrian por oír los sermones de las indulgencias. En vano quiso oponerse Lutero á este entusiasmo, impidiendo hasta á sus mismos penitentes que fuesen á tomar parte en aquella efusion de riquezas espirituales que el pontificado derramaba por el mundo. Llevado de un movimiento de cólera, escribió al obispo de Misnia una carta muy ejecutiva, en que le suplicaba pusiese término á lo que llamaba él *un tráfico escandaloso*. Tan irritado en su amor propio como herido por amor á su religion de san Agustin, anunció que él mismo iba tambien á predicar sobre las indulgencias; y en efecto, encerrado en su celda durante muchos dias, trabajó en reunir todas las ideas anticatólicas cuyos gérmenes fermentaban hacia mucho tiempo en su cabeza, y darles cuerpo de

doctrina. [En el día anunciado] se presentó inmenso gentío para oírle, y en esta primera manifestación de su pensamiento el religioso agustiniano expuso todo el conjunto del sistema que desarrolló más tarde. Toda la doctrina de Lutero está en aquel sermón, cuya expresión es viva, animada, cortada en sentencias ó proposiciones. El pensamiento del religioso no se encubrió en tinieblas ni ideas oscuras; se manifestó al público tal como se hallaba concebido: novador, hostil á las doctrinas recibidas hasta entonces, insolente contra la tradición, altivo y sin miramiento alguno, dicho pensamiento se revela en toda la vida del reformador. Hé aquí algunas de aquellas fórmulas donde se deja traslucir su atrevimiento. « Digo que no puede pro- » barse por la Escritura que la justicia divina exija del pecador » otra penitencia ó satisfacción que la enmienda del corazón, y » que en parte ninguna prescribe concurso de acto ó de obra, » como se prueba por Ezequiel: *El Señor no imputará el pe- » cado al que se arrepiente, ú obra el bien.* — Se nos dice que » la indulgencia aplicada al alma que padece en el purgatorio, » le es imputada y se le cuenta en remisión del castigo que » aun ha de expiar: es opinión sin el menor fundamento. — » La indulgencia, en lugar de honrar la expiación y la peniten- » cia, deja al cristiano en el cieno del vicio. — A las indul- » gencias y á la basílica de San Pedro prefiere á tu hermano, el » pobre. Si tienes superfluo, y que tu caridad no halle pobres » en tu país, entonces da, si quieres, á las iglesias, adorna los » altares; y si aun te queda, da á San Pedro de Roma, que lo » necesita menos. — La indulgencia no es ni de precepto, ni » de consejo divino; no es un mandamiento, ni obra que dé la » salvación. — Yo no creo que salgan las almas del purgatorio » por las indulgencias, aunque haya algunos nuevos doctores » que lo enseñen; pero no lo pueden probar, porque nada » dice ni ha dicho la Iglesia. — Me acusan algunos de herejía » por haber dicho verdades que perjudican á su comercio: ¿y » qué me importan sus chillidos? Cabezas huecas que jamás » han comprendido la sagrada Escritura, que no entienden » nada la doctrina de Cristo, y que ni aun se entienden ellos

» mismos entre sí, y se envuelven en sus propias tinieblas.

30. Todo Lutero estaba en estas proposiciones: proscribía totalmente el dogma de las indulgencias; insinuaba en su principio la justificación por la fe sin las obras, que es la base de todo su sistema. Pasado un mes pondrá en las esquinas de Wittemberg una famosa tesis que encerrará todos los puntos contenidos en su discurso, y que sublevará á toda la Alemania. Atónitos de la audacia de su orador, los Agustinos habían recomendado á Lutero más miramientos y prudencia; pero el orgulloso monje, ebrio ya por el ruido que hacía su nombre, no curaba sobrado de tales consejos. « Padres míos, les res- » pondió, si esto viene de Dios, dejadme cumplir su obra; mas » si no procede de su santo nombre, la obra se desmoronará » por sí misma. » Y en efecto, las tesis, verdadero programa de rebelión, fueron pegadas en uno de los grandes pilares de la catedral de Wittemberg, el 31 de octubre de 1517. La intención de Lutero había sido ponerlas en lengua vulgar alemana para que todo el pueblo pudiese tomar parte en el furioso debate que preveía; todo lo que pudo lograrse de él fué que las pusiera en latín. Eran noventa y cinco proposiciones contra las indulgencias, y la autoridad pontificia; y el día siguiente, día de Todos Santos, todos los que sabían latín pudieron leer: « Que el papa no tiene más poderes que un cura de » aldea; — que ha de ser condenado al infierno el que creyere » que con una indulgencia se puede contar con su salvación; » — que los tesoros del Evangelio son redes con que en otro » tiempo se cogían almas para el cielo; — que los tesoros de » las indulgencias son redes con que hoy día se pescan las ri- » quezas de los fieles.

31. Tetzl respondió á este fárrago de injurias con una verdadera tesis ó conclusión teológica en que refutaba uno á uno todos los errores del nuevo sectario. Ochocientos ejemplares de este defensorio católico, pacífico como la verdad, sencillo en la forma, lleno de razones, juicio y sinceridad, fueron enviados á Wittemberg para contrapesar el efecto de los sofismas insolentes de Lutero. Pero los estudiantes, apasionados por la